

---

# PRESENTACION

Rodolfo Gutiérrez

Universidad de Oviedo

---

La desigualdad social ha sido, y sigue siendo, el objeto de atención más recurrente de la sociología. El estudio de las causas y las formas de la desigualdad, de los movimientos de individuos y familias entre desiguales posiciones sociales, de las consecuencias de estructuras de desigualdad y de procesos de movilidad componen el núcleo más estable de las preocupaciones sociológicas. Es difícil encontrar un campo del análisis sociológico, tanto en el nivel micro como en el macro, que no haga uso de conceptos, hipótesis y variables referidos a la desigualdad social.

Los últimos años no han hecho sino reforzar ese lugar central de la desigualdad entre las preocupaciones sociológicas. Hay motivos de peso para un renovado interés en el análisis y la observación de la desigualdad. Tres me parecen los fundamentales; los tres tienen un tono pesimista si se les enfrenta con expectativas fraguadas hace dos o tres décadas. El optimismo postindustrial que predecía, como resultado de la terciarización de la estructura ocupacional, una tendencia universal del sistema de estratificación hacia el igualitarismo y la apertura, tiene ahora que aceptar una sólida evidencia sobre la persistencia de las desigualdades relativas, la estabilidad de las formaciones de clase y el escaso alcance de la movilidad neta en las sociedades postindustriales. Por otro lado, el período en el que los valores del igualitarismo han estado más difundidos y en el que la acción pública dirigida al bienestar ha alcanzado los niveles más altos ha desembocado en un largo debate sobre la virtud igualitaria de esa

acción pública y ha traído una gran incertidumbre sobre cuál pueda ser la mejor combinación de eficiencia económica y protección social. En tercer lugar, el proceso de globalización económica y cultural de las últimas décadas puede haber contribuido, como se esperaba, a una mayor homogeneidad de los modelos de estratificación —aunque ese efecto también es discutible—, pero parece aún más seguro que ha hecho aumentar la desigualdad dentro de las sociedades «más globalizadas» y que ha desencadenado nuevas fuentes de desigualdad, dependientes de las oportunidades de individuos y territorios de beneficiarse de esos intercambios globales.

Ese giro hacia una mayor atención a los problemas de la desigualdad social es bien reciente, lo cual no deja de resultar un tanto paradójico. En las dos últimas décadas, la sociedad española ha experimentado un descenso de las desigualdades de renta y educación, dos tipos básicos de recompensas sociales. Un descenso no espectacular, ciertamente, pero en niveles relativos apenas sin parangón entre los países industriales durante ese mismo período. Sin embargo, es en estos últimos años cuando han proliferado las iniciativas sociológicas que tienen a este problema como foco principal de interés. En unos pocos años ha vuelto a prodigarse la elaboración de estudios sociológicos globales sobre la sociedad española, estudios en los que el grueso de sus contenidos consiste en descripciones de un conjunto de desigualdades básicas (renta, trabajo y educación, principalmente) y en análisis de algunos comportamientos individuales o de grupo (comportamientos políticos y religiosos, movilización colectiva, consumos y estilos de vida, entre los más frecuentes) que, a pesar de su pluralidad de enfoques y de métodos, siempre suelen coincidir en ser explicados por factores de estratificación social<sup>1</sup>. La desigualdad social es, también, el objeto de dos de los más ambiciosos proyectos de investigación internacional en los que se incluyen equipos de sociólogos españoles y el caso español<sup>2</sup>. En una dirección similar, se puede registrar que la desigualdad social ha sido el motivo central de algunas de las más fructíferas reuniones científicas de los últimos años en el ámbito de la sociología española<sup>3</sup>.

El análisis sociológico basado en el uso de variables independientes de estratificación social para explicar logros o comportamientos sociales es uno de

---

<sup>1</sup> Nunca en la historia de la sociología española había habido una presencia tan abundante, y casi simultánea, de este tipo de estudios sociológicos globales. Sólo desde 1990 para acá se han publicado los siguientes, algunos de ellos periódicamente: CIRES, *La realidad social en España*, Barcelona, Fundación BBV, 1992, 1994 y 1995; Amado DE MIGUEL, *La sociedad española*, Madrid, Alianza, 1992, 1994 y 1995; Miguel Juárez (dir.), *Quinto informe sociológico sobre la situación social en España 1983-1993*, Madrid, Fundación Foessa, 1994; Salustiano del Campo (dir.), *Tendencias sociales en España 1960-1990*, Bilbao, Fundación BBV, 1994.

<sup>2</sup> El proyecto sobre «Estructura, Conciencia y Biografía de Clase», promovido por Erik O. Wright y cuyo equipo español dirige Julio Carabaña, y el estudio que dentro de la International Social Survey Program se ha desarrollado en el CIS.

<sup>3</sup> Tal es el caso de los dos Simposios de la Fundación Argentaria sobre «Desigualdad y Distribución de la Renta y la Riqueza», de 1993 y 1995, y el seminario en torno a Erik O. Wright, patrocinado por esa misma Fundación, y cuya publicación se recensionan en este monográfico.

los campos de mayor progreso en las ciencias sociales. En los últimos años se ha avanzado significativamente en la explicación de los logros individuales en las principales esferas de la vida social (educación, ocupación y riqueza, muy particularmente) a partir de variables de estratificación. Algo muy similar se puede decir de la explicación de otros logros individuales identificados como fuentes importantes de oportunidades sociales, como el capital cultural o el capital relacional. Una buena parte del avance del análisis sociológico en estos campos se debe a la mejora metodológica que ha supuesto el uso de nuevas técnicas estadísticas cuantitativas, como el análisis de regresión o el análisis longitudinal. También es cierto que esos avances se han restringido al análisis de clases o a la estratificación socioeconómica, y más recientemente del género, mientras que se ha progresado mucho menos en el análisis teórico y empírico de otras formas básicas de estratificación social como el prestigio y el poder. Y, lo que es aún más relevante, en los propios análisis de clase y de estratificación socioeconómica se presentan con demasiada frecuencia algunos problemas teóricos y empíricos ya demasiado tradicionales. De manera que, en conjunto, el análisis de la desigualdad social sigue siendo tan central como espinoso para la sociología.

El diagnóstico actual de los principales problemas que he mencionado podría hacerse del siguiente modo. Por un lado, se ha avanzado mucho en lo que llamamos análisis de clase<sup>4</sup> (o de estratificación), entendiendo por tal el tipo de estudios a los que me acabo de referir en los que las variables de clase (o de otras formas de estratificación) constituyen las variables independientes que explican cualquier otro tipo de logro o comportamiento. Pero, con excesiva frecuencia, estos análisis tienen deficiencias conceptuales o metodológicas, por los problemas derivados de distinguir la clase (un concepto relacional) y/o el estatus socioeconómico (un concepto gradacional), problemas que se resuelven tomando el nivel ocupacional, que tiene un carácter gradacional, como una observación válida para ambos conceptos. Por otro lado, en el campo de las teorías de las clases sociales (o de la estratificación), entendidas como teorías en las que la variable dependiente son las clases (o los estratos sociales), el debate sigue muy abierto y el progreso teórico es mucho más limitado. La mejor prueba de ello es que la disputa entre tradiciones weberianas y tradiciones marxistas sigue siendo aún el eje de estos debates. Lo que sí ha mejorado, a mi entender, es que estos debates tienden a producirse ahora en un terreno mucho más fructífero del que ocuparon hace veinte o treinta años. Ahora se discute menos entre teorías de los «esquemas de clase», como teorías que dan cuenta de las estructuras de clase (del tipo de clases en presencia) de una sociedad histórica y de la operacionalización debida para su recuento, y los esfuer-

---

<sup>4</sup> Tomo aquí prestados los términos que usa Julio CARABAÑA en un artículo de extraordinaria claridad conceptual, «Esquemas y estructuras», en Julio Carabaña (ed.), *Desigualdad y clases sociales. Un seminario en torno a Erik O. Wright*, Madrid, Fundación Argentaria-Visor, 1995, pp. 109-130.

zos se dirigen más a un diálogo entre los análisis de clase y las teorías de clase. Precisar los requisitos teóricos y las virtualidades empíricas de cada uno de los conceptos usados en el estudio de la estratificación social, y formular hipótesis sobre el tipo de desigualdades o de comportamientos que mejor podría predecir cada concepto, parece un camino más seguro que el inagotable debate sobre si «clase o estatus» o sobre «cuántos de cada».

Estos últimos años también han servido para probar que no resulta del todo fácil prescindir de las teorías de las clases sociales y los análisis de clase. Es probable que una buena parte de la profesión se sienta mucho más cómoda contestando, como sus autores, con un sí a la pregunta que daba título al debatido artículo de Clark y Lipset<sup>5</sup>. Pero esa fácil respuesta se lleva con ella uno de los principios más genuinamente sociológicos. El principio que hace más singular al análisis sociológico de la desigualdad es el que afirma que ésta tiene un carácter estructural, es decir, que la desigualdad se genera en sistemas de posiciones sociales y que estos sistemas constituyen órdenes de realidad diferente al de los atributos y las acciones individuales. Este principio estructural en la explicación de la desigualdad es la seña de identidad de las teorías de clases, tanto si se entienden como clases de mercado en el sentido weberiano como si se entienden como clases sociales en el sentido marxista. Si se niega esa ambición de explicación estructural no hay razón alguna para continuar con el análisis sociológico de la desigualdad; la economía proporciona instrumentos teóricos y técnicos más poderosos para explicar con variables individuales las diferencias de renta y de casi todas las recompensas sociales, tal vez con la única excepción del poder.

No me parece que se hayan encontrado razones para abandonar esa ambición de análisis estructural. Más bien al contrario. Si hay una idea que ha salido reforzada de la etapa postindustrial, ésta es la idea de que las desigualdades se generan estructuralmente. Aún queda muy abierto el debate sobre qué forma de desigualdad es la que predomina en cada esfera social; o si, para expresarlo en otros términos, la desigualdad toma la forma, como piensa la tradición más weberiana, de «efectos estructurales» —la situación de una posición en la estructura social influye sobre las motivaciones y las capacidades de los individuos, y las desigualdades sociales responden a los variables grados de recompensas a esos atributos de los individuos— o, como se piensa en la tradición marxista, responde a «estructuras puras» —son las propiedades mismas de la estructura social las que crean diferentes niveles de recompensas con independencia de los atributos y las acciones de quienes ocupan esas posiciones—. Pero estas cuestiones pueden resolverse con los medios propios del análisis sociológico y sin demasiada ansiedad metateórica. Es ya más un problema de análisis de *las desigualdades* que de debate sobre el esquema general de *la desigualdad*. La elección de conceptos básicos para este análisis es una cuestión,

<sup>5</sup> Terry N. CLARK y Seymour M. LIPSET, «Are Classes Dying?», *International Sociology*, 1991, 6-4, pp. 397-410.

como ha argumentado Sorensen, de equilibrio entre su capacidad teórica —qué tipo y qué formas de desigualdad predice— y sus exigencias empíricas —qué tipo de observaciones y de modelos de análisis satisfacen las expectativas de cada concepto y cada hipótesis<sup>6</sup>.

Esta es la forma en que yo veo el panorama reciente del análisis sociológico de las desigualdades sociales y el que ha animado las tareas que han conducido a este número monográfico. Todas las contribuciones que se incluyen en él fueron primero textos presentados al grupo de trabajo del mismo título del V Congreso de Sociología, celebrado en Granada en septiembre de 1995. El volumen de ponencias y comunicaciones presentadas, muy superior al recibido en sesiones anteriores, fue una prueba de ese renovado interés sociológico por los problemas de desigualdad y las clases sociales. Desgraciadamente, no todas las contribuciones de calidad que se recibieron en el Congreso caben en una publicación como ésta. Aplicando el sentido común sociológico, he intentado una muestra lo más representativa posible de la variedad de temas y perspectivas abordados por los participantes en aquellas sesiones.

Tres tipos de cuestiones constituyen los principales focos de interés de este conjunto de artículos: las imágenes de la desigualdad, las teorías de las clases sociales y el análisis de las desigualdades en la esfera del trabajo. Más allá de esos focos de interés, hay una variedad de perspectivas de análisis y de especificaciones temáticas en cada uno de los textos presentados. En el primer grupo se recogen tres trabajos que comparten el interés por las imágenes de la desigualdad. El texto de Solé es una reflexión teórica sobre la imagen de la igualdad que mejor caracteriza a las sociedades capitalistas, el concepto de igualdad de oportunidades, y una exploración sobre las implicaciones para ese concepto de los desarrollos neocorporatistas. Durán ofrece un texto con ejemplos rotundos de la fragilidad de las imágenes de la desigualdad más al uso en el trabajo empírico, llama la atención sobre el contraste entre las imágenes del observador profesional y las de los observados, e intenta responder al reto conceptual y teórico que supone la interacción entre objetividad y subjetividad en el análisis de la desigualdad. La fragilidad de las imágenes profesionales de la desigualdad es también parte central del argumento del artículo firmado por De Miguel, que muestra cómo estas imágenes, y sobre todo su relación con el concepto de desarrollo económico, han ido variando más como resultado de los cambios en el contexto político que como fruto de la propia observación sociológica.

Los textos dedicados a teorías de las clases atienden a las dos principales fuentes de renovación de las teorías clásicas de las clases sociales: la reconstrucción de la teoría marxista y la propuesta teórica del constructivismo estructural\*.

---

<sup>6</sup> Aage SORENSEN, «The Basic Concepts of Stratification Research: Class, Status and Power», en David B. Grusky (ed.), *Social Stratification. Class Race and Gender in Sociological Perspective*, Boulder-Colorado, Westview Press, 1994, pp. 229-241.

---

El trabajo de Caínzos es una contribución a la teoría de clases en la línea de la reconstrucción analítica de la tradición marxista, en el que se revisa cuidadosamente el proceso de construcción conceptual de esquemas de clases y se argumenta en favor de una específica estrategia de diseño de un esquema de clases, la estrategia que mantiene la ambición multiaxial de ese concepto. El artículo de Alvarez Sousa repasa la teoría de las clases sociales de Bourdieu, una obra que, sin haber sido suficientemente reconocida entre los teóricos de las clases, ha proporcionado la mayor fuente de inspiración del trabajo empírico más reciente sobre movilidad social, formación de clases y estilos de vida.

El tercer conjunto de textos pueden agruparse bajo la denominación, un tanto genérica, de estratificación y logro laboral. Todos estos textos comparten un similar objetivo: analizar la influencia de algunas dimensiones básicas de estratificación social sobre los logros de la esfera laboral; aunque luego cada artículo se ocupa de un determinado logro en esa esfera o lo hace con una diferente perspectiva. Los textos de Carabaña y de Gómez Bueno se ocupan del logro de prestigio profesional, una de las cuestiones menos atendidas en la sociología española reciente, y ambos utilizan una escala de medida del prestigio. Gómez Bueno aborda los problemas conceptuales y metodológicos del prestigio profesional y proporciona los resultados de un análisis empírico sobre la influencia del género en el otorgamiento de prestigio. Carabaña toma el prestigio profesional como el indicador de la calidad de la primera ocupación y, con él como variable dependiente, analiza los rendimientos de los títulos académicos. Sus resultados tienen una apreciable calidad, tanto por el valor de sus observaciones —se refieren a una gran muestra (la Encuesta Sociodemográfica), el prestigio se mide con la misma escala para todas las ocupaciones y la observación incluye cohortes que han entrado al mercado de trabajo a lo largo de casi todo el siglo— como por la relevancia de algunas de sus conclusiones para las políticas educativas.

La perspectiva longitudinal aproxima el tratamiento que hace Carabaña y el que hacen los autores de los tres artículos restantes. He puesto un interés especial en la inclusión de trabajos con esta perspectiva, tanto en las sesiones del Congreso como en este monográfico. Creo que esta perspectiva es particularmente relevante para el análisis de los logros laborales en el contexto español, donde la edad es una variable clave en la explicación de las desigualdades en esa esfera. Es, además, una perspectiva bajo la cual se ha avanzado mucho en los últimos años, tanto en el uso de técnicas de análisis (análisis de cohortes, técnicas de panel y técnicas de *event history*, principalmente) como en análisis que consiguen integrar hipótesis de los niveles macro y microsociológico. El artículo de García Blanco y Gutiérrez se ocupa de estos problemas desde un punto de vista teórico, refiriéndolos a las explicaciones de los logros en la primera etapa de la vida laboral y argumentando sobre las condiciones y las posibilidades de una única propuesta teórica. Con una aproximación más empírica, Garrido presenta un estudio de la evolución y las características del desempleo juvenil, junto a un análisis de las principales opciones de las políticas del

empleo, que le sirven para sustanciar un argumento, difícil de rebatir por incómodo que resulte, sobre la inevitable opción entre paro juvenil o desigualdad en el mercado de trabajo. Por su parte, Casal ofrece un artículo que recoge conceptos y resultados del programa de investigación que con más continuidad se ha ocupado, en la sociología española, de tipificar las trayectorias de transición hacia la vida adulta y de dar cuenta de los desiguales logros de estas trayectorias.

El contenido de este número se completa con un conjunto de reseñas de novedades bibliográficas relacionadas con el tema monográfico. Entre esas reseñas hay muestras teóricas de singular relevancia (Wright, Sen), buenos ejemplos de la producción española reciente en este terreno (Carabaña, Feito, Solé) y algunos informes sociológicos sobre diferentes dimensiones de la desigualdad social (Comisión Europea, Instituto de la Mujer). Creo que artículos y reseñas componen un conjunto de textos de calidad, con temas variados y con tratamientos originales. Sólo resta esperar que los lectores de este número de la *REIS* compartan esta apreciación.

---

\* La ponencia presentada por José F. Tezanos en la sesión sobre teorías de las clases sociales se ocupaba del fenómeno de las infraclases. El texto de esa ponencia no ha sido finalmente incluido en este número monográfico al figurar ya una versión del mismo en una publicación anterior: José F. TEZANOS, «Las infraclases en la estructura social», *Sistema*, núm. 131, 1996, pp. 5-34.

---